

Mario Ferreiro y la transparencia.

LUIS BOH·LUNES, 18 DE ENERO DE 2016·6 MINUTOS

***nota del 24 de diciembre de 2019:** este escrito lo publiqué en Fb, en enero de 2016. Apenas habían transcurrido unas pocas semanas del ascenso de Mario Ferreiro a la Intendencia. Entre esa fecha y la de su poco gloriosa renuncia -muy distante de cualquier grandeza- transcurrieron cuatro años y un día. Lamento mucho haber tenido razón en mis aprensiones, pero estaba cantado. Feliz Navidad para los que se tomen el trabajo de leer -o releer- esto.*

No sólo un imperativo: un reaseguro.

Empezando por el imperativo ético al que debe estar sometida toda administración pública -administración de lo público, de lo que es de todos-, y siguiendo por el deber moral que tiene el administrador para con los contribuyentes que sostienen con sus tributos esa administración, (incluyendo los sueldos de sus funcionarios), la transparencia -mucho más allá de lo mencionado- se erige en este momento clave de la Municipalidad de Asunción, en lo que quizás podría ser el único reaseguro político de Mario Ferreiro.

La transparencia es -en nuestra tradición del poder y en la práctica de la política criolla- algo así como la luz para Drácula, el agua bendita para el Maligno, el crucifijo para los poseídos por Satán. La Luz Mala que llama al agitado “*vade retro me Satana*” que San Marcos pone en boca del propio Jesucristo. Todo eso y más.

Tal como se perfilan las cosas en esta administración municipal, el ejercicio de la transparencia es el único poder real del que puede disponer Mario y a su vez, el único antídoto con que cuenta en el emponzoñado matorral por donde empieza a transitar. Matorral en donde ni siquiera sus enemigos o antagonistas más visibles son los más peligrosos, justamente por aquello de *guárdame Señor de mis amigos, que de mis enemigos me guardo yo.*

Y esto, tanto en el ejecutivo como en el legislativo municipal, donde no deja de ser una curiosa incógnita las cartas que jugarán -ahora cautivos bajo el repentino haz de luz de la indeseada transparencia- algunos imprevistamente alumbrados que son sus actuales aliados pero fueron también opositores en la anterior administración y cabalgaron sin embargo al amparo de una cómoda penumbra. Acompañarán el desafío, el sacrificio ominoso de la luz, la aborrecida virtud de lo claro?

La línea de la sombra.

La transparencia no se ‘administra’, no se retacea, no se dosifica. Una administración es o no es transparente. No existe -valga la perogrullada- una transparencia a medias.

Pero es justamente ésa la línea sobre la que pretenderán cabalgar, los adversarios por razones obvias, pero también los aliados por razones menos visibles, para neutralizar ese poder que podría atesorar Mario y que podría darle fuerza -su única fuerza, en realidad- a su derrotero en la función pública: tratarán de que la transparencia sea a medias, de que se limite a algunas señales de efecto mediático, que proyecte la imagen de que hay cambios de fondo para ocultar una eventual reserva de sombra para sus propios fines. O lo que en otros términos Giuseppe Tomasi di Lampedusa acuñó desde su novela como el temido ‘gatopardismo’.

Innumerables podrán ser los argumentos para intentar convencerlo de que es necesaria esa reserva de sombra, de que no hay que dar todo a la luz porque los ocasionales adversarios podrían utilizar esa misma información en su contra, porque podría restarle margen de maniobra para negociar más adelante, sea con sus oponentes como con sus aliados, porque quedarían al descubierto desaguizados que podrían -dada la hipótesis- salpicar a sus actuales compañeros de ruta, a sus financistas de campaña, a posibles aliados futuros. La lista puede ser interminable, y en medio de ese inventario, siempre algunas monedas quedan para quienes entran en la administración municipal no solo ni precisamente para embanderarse en la causa de una renovación ejemplar.

Laberintos y engranajes.

Transparentar, por ejemplo, todo el aceitado sistema de licitaciones municipales es casi más importante (aunque sea menos vistoso y menos mediático) que la plantilla de funcionarios.

Más importante y más urgente, porque aquí todos sabemos que es en estas primeras semanas donde se producen las jugadas con más proyección, donde se calafatean con mayor eficacia los porosos circuitos por donde corren los recursos y donde es posible con mayor rédito replantear los lubricados engranajes sin parar la máquina, sin que nada se detenga ni llame la atención en demasía, redireccionando con presteza, en silencio y discretamente canales, contactos, información y cuentas pendientes (y corrientes).

Y cualquiera que haya pasado por la administración pública sabe que el sistema de licitaciones alberga mil y un pliegues y recovecos: pródigo en celadas, dobleces, letra chica y formalismos y exigencias y requisitos que los que saben, saben maleables y movedizos, con incontables atajos y puertas disimuladas por donde pasa lo que tiene que pasar mientras en la superficie se mantienen inmutables las formas. Desde la redacción de los pliegos, la confección de las especificaciones técnicas, los cómputos y estimaciones base por parte de funcionarios municipales, hasta la fiscalización, los controles y las certificaciones, pasando por el mismo proceso de adjudicación y las inevitables addendas y modificaciones y adicionales no siempre tan imprevistos como parecieran, hay decenas de aspectos que deben ser puestos bajo la luz y el escrutinio de la ciudadanía. Al fin y al cabo es nuestro dinero, el dinero de los contribuyentes.

El inventario de las sombras no se agota tampoco en las licitaciones: casi toda la maquinaria de la administración municipal guarda compartimientos y códigos que se sostienen a lo largo de los años y más allá de quién sea el intendente, con ajustados mecanismos de recaudación cuyas esclusas se abren y cierran gozosas siguiendo motivos llenos de secreta sabiduría que a algunos les es dado conocer y a otros, no. Todo esto -la aclaración debe ser hecha- sin desmeritar a funcionarios honestos y con un alto sentido de lealtad institucional. No son mayoría, pero existen, porque me consta.

El poder de la transparencia

Y aquí, justamente llegamos a esto: el verdadero vínculo de la transparencia no es con la administración, sino con la ciudadanía.

Y es en la ciudadanía donde está el poder, algo que no debe ser olvidado nunca. Algo que Mario no debería perder de vista, al menos si en su agenda personal es más importante salir por la puerta grande que quedar bien con todos, dilema que cualquiera que pase por la política sabe muy bien que debe inexorablemente enfrentar porque ambas cosas son excluyentes.

La transparencia en la función pública es el puente que mantiene viva la relación entre el administrador -cuando es honesto- y sus mandantes, algo que a los que están en la sombra y buscan otros beneficios no les interesa. Pero que sí debería interesar -y mucho, porque es decisivo- a quien fue llevado al poder por mandato popular: ese poder es esquivo y se escurre como arena entre los dedos, a medida que la opacidad se interpone entre él y los que lo votaron.

En algún lugar que ahora no recuerdo, el poeta inglés del siglo XVII John Donne desliza algo que suena así: “soy fuerte porque mi corazón es puro”. Postulado que podría -en estos tiempos de cinismo y de máscaras- parecer fuera de lugar, pero que sin embargo, precisamente por eso, de eso se trata.

Asunción, enero de 2016